

Campamento en las Lajas

BOCHORNO COMPROMETEDOR

«Una madre para cien hijos,» se dice; pero ¡ay!, ¡cuántas veces cien hijos no hacen el sostén de una madre! Así, cuando encontramos en nuestro camino alguna de esas esmeraldas color de la esperanza donde el amor resplandece, la recogemos para engazarla en el precioso joyel de nobilísimos sentimientos que honran la humanidad y que felizmente no han desaparecido entre nosotros.

I

En una de nuestras más avanzadas fronteras aconteció el sucedido que referimos.

Hallábase en su modesta mesa de campaña, rodeado de los oficiales de la guarnición, el comandante de ella, cierto día sin sol de crudo invierno, cuando sacando una pequeña cigarrera con cantos y arabescos de oro, dijo al enseñarla á sus subalternos:

—En fin, no está de más que de cuando en cuando se acuerden de los olvidados que vegetamos en estos desiertos. Me acaba de llegar este obsequio de un amigo de la infancia.

Y pasándola de mano en mano por todas las que cortaban pan, llamaba la atención de unos la cincelada labor sobre la tapa, representando dos hermanos de armas espalda con espalda, defendiéndose en apurado trance, rodeados del grupo de indios que les sorprendiera en media pampa, y la de otros el monograma y dedicatoria: «A un amigo de treinta años.» El alférez recién llegado, que apenas contaba de vida la mitad de

esa larga amistad, como más curioso, olió cigarros que hacía tiempo no olía, volviendo el obsequio, concluida la ronda, á manos del dueño.

Siguió al churrasco criollo el clásico puchero, y al guiso con papas el dulce de zapallo y la conversación y la francachela entre buenos camaradas, sin traspasar la circunspección debida; pues por más franqueza que el jefe dispensara, no se olvidaba la subordinación y respeto hasta en los actos más familiares.

Al servirse el café con más sabor de achicoria que á Yunga, el comandante deseó celebrar el buen recuerdo, doblemente valioso por las mil reminiscencias que despertara, dando participación del contenido á sus camaradas. Pero, por más que registrara el bolsillo donde la guardara, no la encontraba; ni entre servilletas ó bajo manteles asomaba la muy perdida, y abarcando con mirada escudriñadora á los circunstantes, acentuó muda interrogación.

Como tocados por invisible resorte, los oficiales se pusieron de pie, dando vuelta á sus bolsillos, menos el alférez del extremo, quien, más colorado que un tomate, dijo sin pararse:

—Afirmo bajo palabra que no la tengo; pero yo no exhibo mis bolsillos.

No faltó quien comentara el denunciador sonrojo, dividiéndose opiniones, elogiando unos su entereza, murmurando otros al notar lo abultado del único bolsillo no abierto. El más adulón chismografió:

—Entre pura gente honrada la cigarrita no aparece.

Otro cuchicheaba al vecino:

—¿Se ha fijado que *el nuevo* siempre sale precipitadamente de la mesa?

Los más criticaron el proceder del alférez, sin que faltara quien añadiera:

—Me parece que ha hecho bien. Al fin no estamos entre jugadores de mala fe, donde al primero que se agacha achácasele la desaparición de la moneda caída.

—Si el jefe lo hubiera impuesto—agregó un tercero,—no vació la faltriquera. Mera sospecha deprime. Pero ha sido tan espontáneo el movimiento general, que corajudo debe ser el alférez resistiendo la corriente, aunque no ha podido evitar que le salieran los colores á la cara.

—¡Al fin nuevo!—dijo el más antiguo.—Sabe Dios de dónde viene. Estos oficialitos que salen del colegio militar llegan al ejército con más humos que la locomotora, echando planes y planos sobre el papel antes que se les acostumbre la mano al sabor del sable y aprendan á tirar tajos y reverses en vez de líneas curvas y rectilíneas que nunca dieron el resultado de una carga de caballería á fondo.

Los días pasaban y la tabaquera de cocodrilo exornada de oro y plata no aparecía. Ni que alguno de esos anfibios de laguna inmediata se la hubiera tragado. El subteniente seguía retirándose el primero, observándose el bultito sospechoso en el bolsillo. Los concurrentes empezaban también á retirar sus asientos del suyo, haciendo el vacío hasta dejarle solo y aislado al último de la mesa.

Al alejamiento de compañeros fué agregando el de la palabra. Algunas manos ya no se le extendían; otras oprimían fríamente la suya. El jefe nada decía, pero los subalternos decían demasiado, formándose atmósfera insostenible al sospechado.

Ya se tramaban sordamente murmuraciones contra el que, si para unos estaba convicto, para pocos era el oficial digno que inconscientemente había dado lección de delicadeza. Serio, silencioso, imperturbable, seguía él cumpliendo todas sus obligaciones, observando al pie de la letra la Ordenanza, en cuyo examen acababa de obtener diez, y alejándose precipitadamente con el bulto acusador.

II

Y en tanto no aparece la dorada cigarrera, que se había hecho humo antes de convertirse en tal su contenido, y en lo mismo el honrado ladroncito á quien se inculpaba su traspapelamiento, prendiendo un puro, echemos párrafo aparte hablando de bueyes perdidos; que tal parecerá recordar ese hermoso sentimiento de amor filial que tan escaso se va haciendo, como los diamantes del Cabo en esa lejana región donde al fulgor de los cañonazos de la más poderosa de las naciones, la más pequeña aparece al mundo dando ejemplo de amor patrio.

La antigua Roma, cabeza del mundo, antes que todos los vicios la prostituyeran, que toda virtud deificaba, levantó un templo á la Piedad en el mismo sitio de la cárcel, al través de cuyas rejas una joven madre prolongó la vida de su propio padre condenado á morir de hambre, visitándole cada día y sustentándole á sus pechos.

Escena en algo semejante dió origen á nuestra iglesia del mismo nombre (calle de la Piedad),alzada sobre los ruinosos cuartos de otra hija que se sacrificó por su padre, donde hoy relumbra á la mayor altura ampulosa media naranja de templo que nunca terminará, según la profecía de los ingenieros Canales, que pretendieron enmendar la plana á su colega señor Pellerini.

Sin mencionar notables ejemplos que en el aniversario de la patria las piadosas damas de la Sociedad de Beneficencia presentan cada año al pue-

blo entre los premios de virtud al amor filial, recuerdan nuestras propias tradiciones el hijo que, loco de amor por su madre, vino desde Londres para darle el último abrazo, y encontrándola ya monja profesada, saltó las tapias de San Juan; bajo el disfraz de acarreador de leña se introdujo en el convento, y al reconocer á la novicia al través del velo monjil, se desvaneció de ternura en los brazos maternos. También mencionamos ese otro pobre hijo demente que al saber la desgracia de su padre condenado al caldoso, del que escapó, recorrió toda la tierra argentina en su busca para llevarle el consuelo de su cariño; y que perdió la razón al entrar por una puerta en la casa de que los remordimientos hacían huir al padre por la opuesta, sin poder resistir la presencia de hijo tan amoroso.

Allá por los años de 1861, encontramos sentada sobre las ruinas de Cayastá la última charrúa, vieja como su tribu y deshecha como ésta. Pasando del Uruguay con las chusmas que D. Fructuoso Rivera hacía seguir á su ejército desde la provincia oriental al Entre Ríos, vadeó luego el Paraná por Punta Gorda, siguiendo desde el rincón de Coronda, Colastiné arriba. En aquel año le fué presentada al general D. Venancio Flores, á la altura de la capilla Guadalupe, sobre Santa Lucía, bronceada indiecita de un rubio sucio tirando á hilacha de choclo, traída al campamento por los exploradores del coronel Carballo.

Allí llegó á reclamarla la *Reina de los Guaycurúes*, como llamaban cariñosamente á la hermosa santafecina Carmen Iturraspe por la generosidad con que protegía á las indias de la frontera de Santa Fe. Por más halagadoras proposiciones que se le hicieron, deshecha en lágrimas se desesperaba la joven indígena, exclamando en su aflicción:

—No quiero dejar de ser india. Vuélvannme á la toldería. ¿Quién va á cuidar de mi viejita? La abuela se va á morir, yo voy á morir, todos nos vamos á morir si no regreso pronto.

Siguiéndose escena tan patética dentro de la carpa del honrado general, que conmovido salió fuera, llamando al ayudante de servicio y ordenándole que la restituyera inmediatamente á la abuela en Cayastá, última representante de una raza desaparecida.

Algunos años después, el capitán de caballería que llegara allí el primero, avanzó la línea de fronteras plantando su carpa entre ruinas de antigua reducción jesuítica. El ojo previsor de estos misioneros fué siempre acertado en la elección de las mejores posiciones, y alrededor de la caída cruz se esparce un pueblo floreciente, habiéndose fundado Reconquista, donde el capitán de antaño levantó su tienda. De allí prosiguió empujan-

do la marea civilizadora, dilatando fronteras y conquistas en el desierto hasta Resistencia, y en sus veinte años de gobernación en el Chaco sembró de pueblos sus riberas, descollando las colonias de Avellaneda, Víctor Manuel, Las Garzas, Ocampo, Las Toscas, Florencia, San Antonio, Resistencia y Timbó. Hermano del ilustrado coronel que fundara el primer regimiento de artillería de montaña al pie de los Andes, dilató el nombre de ese otro inolvidable marino que arribara el primero á Nahuel-Huapi, y en las fronteras más avanzadas hacia los cuatro vientos, el general obligado se creyó, como los soldados de su raza, á dejar bien puesto allí su nombre.

En una de esas fronteras ensanchadas por su esfuerzo, en aquella hermosa región donde el suave algodón y la dulce caña florecen, y también sentimientos tan suaves y dulces, fué donde se produjo el sucedido que tradicionalizamos.

III

Ya los más atolondrados hablaban de pedir la separación del sindicato, con la única razón de *porque sí*, cuando el jefe llamó reservadamente á su alojamiento al taciturno, diciéndole:

—Usted no me ha tomado la cigarrera.....

—Señor comandante, lo he afirmado bajo palabra.....

—Ya lo sé; ¿pero tiene usted inconveniente en decirme por qué no quiso seguir el movimiento de sus compañeros que tan espontáneamente vaciaron sus bolsillos?

—Lo que de ningún modo demostraba que no pudieran ocultar la cigarrera en otra parte. ¡Aunque libreme Dios de sospechar de ninguno de mis compañeros!

—¡Perspicaz es el alférez! No lo he llamado para apercibirle; menos para que delate á nadie. La cigarrerita ha parecido: le hablo paternalmente. ¿Quiere usted decirme por qué no imitó el ejemplo de sus compañeros?

—Ante todo por propio decoro, y también por otra causa. Si estamos solos, diré á usted lo que no hubiera declarado ante sumario.

Y mirando á todos lados como abochornado, agregó en voz baja y entrecortada, casi empapada en lágrimas:

—Tengo una madre muy pobre, que llegó á empeñar sus ropas para que yo concluyera la educación militar. Aunque la asisto con mi pequeño sueldo desde que empecé á ganar doce pesos en el colegio, muchos días falta el pan en su rancho. Desde que conseguí hacerla venir cerca del

campamento, le guardo la mitad de mi ración; cuando estoy franco, yo mismo le llevo algo. Feliz para usted el día en que recibió tan delicado recuerdo de un leal amigo; fecha fatal ha sido para mí, pues desde entonces no me ha quedado un amigo. Todos se me alejan. Pero el día antes le vi comer con tal ansiedad el pan más blanco que reservara á mi pobre viejecita sin dientes, que me parecía no quedaba satisfecha, por lo que entre dos rebanadas agregué otra de asado que abultaba más mi bolsillo. Ya ve usted, señor comandante, que para mis propios compañeros hubiera sido bochornoso sacar la cena escondida: preferiría sacar el sable por primera vez antes que dejarme registrar.

El comandante, que recordaba haber tenido también que socorrer en sus penurias á una anciana madre en la indigencia, se levantó conmovido á estrechar las dos manos del joven, volviéndose con prontitud para que no se percibieran dos lágrimas descendiendo á perderse en su enmarañada barba.

Aunque también he sido soldado, ya no recuerdo si la prescripción de la Ordenanza que castiga el agacharse al paso de las *silbaderas*, prohíbe al jefe emocionarse ante un subalterno.

Un bolsillo ladrón hizo sospechoso de tal al más honrado de los hijos, ejemplo de amor filial. Descosido el forro interior de la blusa militar, había caído la cigarrera al fondo. Inmediata investigación justificó la sinceridad del hijo bien amado como la situación afligente de la anciana madre, y que el bultito acusador en el pantalón del subteniente que se retiraba precipitadamente de sus compañeros, era el alimento en aquel pobre rancho cerca del campamento.

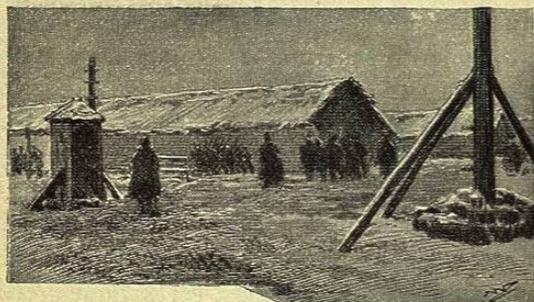
Comprobados estos hechos, el comandante volvió á llamar ante su presencia al pundonoroso joven, le hizo un obsequio y desde entonces asignó ración de soldado á la madre.

Y contaba el comisario pagador de esos tiempos algo que honra el noble corazón del soldado argentino, tan exaltado en general, si irreflexivo ó atropellado en algunas ocasiones. Los que más le sindicaban fueron los primeros en ir á pedirle disculpa de murmuraciones infundadas. Desde entonces, cuando llegaba el comisario pagador con la caja zangoloteándose, y su deseada venida era esperada como la del Mesías, cada dos meses, cuando no tres, llevando la paga de uno, entregaba treinta pesos á la buena madre á quien todos habían declarado *la pensionista del regimiento*, hasta su muerte, que no tardó en llegar.

Recién entonces vino á saber *el último* que entre los oficiales, los mis-

mos que tramaban su separación del cuerpo, se impusieron como castigo á su impremeditación la *multa* de un peso mensual que por intermedio del pagador y bajo toda reserva le hacían llegar.

Como en este digno ejemplo de amor filial, ¡en cuántos otros casos las apariencias acusan!



LA CATEDRAL DE BUENOS AIRES

(SU TRADICIÓN)

¿Tuvo ó no torres la Catedral? Tantas opiniones en pro como en contra teníamos oídas en diferentes ocasiones, que al fin tentados fuimos por la rebusca del viejo papelito apollillado, origen de todas estas verídicas tradiciones.

Acaso no esté de más recordar cuántas catedrales hubo, quién construyó la primera, lo que cuesta una catedral, por qué se derrumbó, cuántos mitrados hubo y otros que, sin ser cuentos de sacristía, interesar pueden aun á los menos devotos.

.....

Antes de recordar la calle Rivadavia con su nombre actual el de nuestro primer estadista, la llamaron de la Federación, de La Plata, de la Reconquista y calle de las Torres. Como el camino de Barracas, salida al Sur, ésta, desde sus primitividades, fué extendiéndose hacia el Oeste, ascendiendo y ensanchando de senda á huella, carretera, calle, camino real, hasta la ermita de Nuestra Señora del Buen Viaje, en Merlo, como que por él se emprendía, si no siempre el del otro mundo, el del Alto Perú, no mucho más lejos por entonces.

Por más largo tiempo que de las Torres, fué esta calle de «el Martirio,» que largo y por muchos años sufrieron en ella nuestros buenos paisanos.

En cuanto asomaban en tropilla tres ó cuatro gauchos llenos de polvo y barro, quienes al dejar su tropa en los corrales entraban en la ciudad